

Estudios Sociales

Vol. XXXIII, Número 120

Abril - Junio 2000

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA *

Vicente Santuc **

Resumen

Necesitamos una idea de lo que el ser humano es, idea que podamos servir y defender. Nuestra vida está cada vez más sometida a los imperativos del mercado, no importa cual sea el costo humano. Como ejemplo del vacío moral en que se mueven nuestras democracias occidentales el autor se vuelve a la intervención de la OTAN en Kosovo. Por eso la urgencia de un nuevo contrato social que ya no tendrá sólo las dimensiones de una nación sino las del planeta.

Abstract

We need an ideal of human being which we might serve and defend. More and more our lives become subject to the imperatives of the economy, no matter what the human cost be. As an example of the moral bankruptcy of our western democracies the author turns to the NATO intervention in Kosovo. Hence the need of a new Social Contract which will have not just the dimensions of one nation but planetary ones as well.

Introducción

- Debemos reconocer que nuestros conflictos y las tensiones que hoy nos hacen buscar una ética del encuentro son típicas de la modernidad.
- Por un lado cada uno defiende su trabajo, se preocupa por ganar más y colocarse mejor.

* Lima, 01-06-99

** Filósofo político. Director de la Escuela Superior de Filosofía Antonio Ruiz de Montoya, Lima, Perú.

- Pero, por otro lado, cada uno es sensible a la defensa de los Derechos Humanos y de la justicia para todos los humanos.
- Existe por lo tanto una tensión entre la defensa legítima de mis intereses particulares y el llamado a respetar para todos los Derechos Humanos y la justicia.
- Allí surge para nosotros el problema moral. ¿Cómo actuar para actuar bien? ¿En vistas de qué actuar?

Puesto que las cosas, para nosotros, no son evidentes, como lo fueron en las sociedades premodernas, tenemos que disponernos a pensar, a juzgar para orientarnos correctamente. Para llegar a ello vamos a seguir los pasos siguientes:

- a) Reconocer las principales dimensiones de nuestros conflictos.
- b) Reconocer las lógicas que obran en dichos conflictos.
- c) Señalar horizontes de orientación para una ética del encuentro.

1. Nuestra situación de conflictos y violencias

Si bien el ser humano estuvo siempre cogido en conflictos y violencias, sin embargo existe una novedad para nosotros. La novedad está en que dichos conflictos nos sitúan y se viven en un horizonte de mundialización de hecho. Ayer se trataba de conflictos dentro del grupo de cada uno y todos sabían, más o menos, cómo regresar al orden, de acuerdo a pautas heredadas.

Con evidencia hoy estamos en un proceso de mundialización. Dicha palabra remite a lo que nos ocurre en economía, ciencia, técnica y medios de comunicación. En esos espacios nos sentimos todos inscritos en procesos similares, con referencias compartidas. La mundialización es, en ese sentido, una realidad evidente; y es en los **hechos** de esa realidad que debemos considerar varios problemas.

Pero quizás los problemas más agudos de la humanidad se sitúen no sólo al nivel de la mundialización de hecho, sino al nivel del principio que nos lleva a considerarnos todos como seres humanos iguales, con los mismos derechos, aunque inscritos en culturas y visiones del mundo diferentes.

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

Se trata de una *afirmación de principio*, de la *idea de un universal*, del *universal humano* en relación al cual debemos juzgar y orientar nuestra acción moral. Es precisamente esa idea la que se expresa en los Derechos Humanos (DD.HH.).

1.1 Los Derechos Humanos como espacio de conflicto hoy al nivel político

La "**afirmación de principio de un universal**" que enlaza a todos los humanos, es un logro muy antiguo. Surgió en cuanto los filósofos griegos y los profetas judíos se hicieron la pregunta : ¿qué es la justicia?

Con esa pregunta, unos y otros, se distanciaron de su mundo. Ya no se preguntaban por un quehacer según las normas de su tradición propia, sino se preguntaban por saber qué es la justicia en cuanto tal y en todas las circunstancias.¹

Allí surgió la idea de un "humano universal" que desborda las particularidades culturales o religiosas que nos diferencian. Esa idea quedó como referencia crítica en toda la historia occidental, asentando la referencia a un Derecho de Humanidad.

En esa idea radica un logro irreversible que la modernidad europea expresó con:

- la afirmación del derecho a la autonomía individual y social: principio democrático
- la afirmación del deber de tratar a todo otro, siempre como un fin y nunca sólo como un medio: principio de una moral universal
- la afirmación de los Derechos Humanos que consagran el principio de "igualdad de trato" para todo ser humano: exigencia con la cual debe cumplir todo derecho positivo y toda aplicación suya.

Con los Derechos Humanos se trata del principio que debe guiar todo derecho positivo. El principio es tal que nadie puede adueñarse de él sin violarlo.

¹ Ver Eric WEIL, *Philosophie et réalité*, artículo "Qu'est-ce qu'une "percée" en histoire", Beauchesne, París, 1982, p.p. 193 a 223.

Voy a evocar lo que acaba de pasar en los Balkanes. Lo haré manteniendo el tiempo del presente, que fue el tiempo de esta redacción.

¿Qué pasa en Kosovo? Se trata de Derechos Humanos, es decir del principio de igualdad de trato para todos y de la humanidad a respetar en todos. Milosevich ha violado los Derechos Humanos con su política de limpieza étnica que pretende inscribir en la ley un principio de trato desigual. Con eso él manifestó que sigue moviéndose desde el resentimiento en un escenario en donde serbios ortodoxos e islamistas turcos se enfrentan desde siglos. El resentimiento de los serbios, mártires durante siglos, los ha transformado en verdugos; y no les permite acceder al principio universal del respeto de la humanidad en todo otro, cualquiera que sea su raza y su religión. Y es cierto, como lo dicen las potencias occidentales, que la exigencia de los Derechos Humanos cruza las fronteras nacionales, y que no podemos quedar indiferentes. El juicio a Pinochet, que todos aplaudimos, habla de eso. Pero entre hutus y tutsis se trata de lo mismo y nadie reacciona. Son africanos. ¿La exigencia de los Derechos Humanos (DD.HH.) no se aplicaría para ellos con la misma fuerza?

Sin embargo la intervención de la OTAN no acaba de convencernos. ¿Por qué?

Primero, intervienen allí las mismas potencias que en los años pasados han proveído de armamentos a Milosevich.

La intervención no ha pasado por la ONU, instancia cuya competencia es universalmente reconocida para tales casos. Por lo tanto la OTAN ha violado, en nombre de los DD. HH., la única instancia de derecho positivo reconocida, por todos, para tales casos.

La intervención militar destruye, mata, inflinge sufrimientos inútiles a miles de humanos instrumentalizados para doblegar a Milosevich. Se pretende imponer, mediante la violencia militar, una solución que para ser razonable sólo podría nacer del diálogo, de la negociación de los interesados. Para ello la ONU era la única competente. Es así como, con la modalidad de su intervención, la OTAN viola aquello mismo que pretende defender: por un lado el derecho positivo inspirado por los DD.HH. y por otro lado la autonomía de los pueblos.

En fin, y sobre todo, no podemos olvidar una historia muy reciente que nos ha hecho ver que hay totalitarismo en las prácticas que pretenden

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

imponer una ética, un bien, una felicidad a otros. ¿ No estará la OTAN enredada, con argumentaciones sofisticadas, en una práctica totalitaria?

Para quien se pretende moral la verdadera tarea moral consiste en educar a los hombres para que lleguen, por ellos mismos, a someterse a la exigencia moral universal. Quien pretende hacerlo por la mera fuerza, instrumentalizando a otros seres humanos, ha salido del camino moral.

¿Qué podemos reconocer en Kosovo sino una política de fuerza y de violencia que se viste de moralidad? Pero quizás esa violencia militar de las democracias occidentales nos deja ver una cosa: el vacío ético en donde se mueven nuestras democracias occidentales.

La democracia, por principio, se asienta sobre una afirmación: servir y defender una cierta idea del ser humano, la idea de autonomía individual y social. Pero, según lo que podemos ver en los hechos, nuestras democracias occidentales ya no promueven ni sirven esos principios que fueron base de su nacimiento.

Hoy, en todas ellas, un parlamentarismo al servicio del capital ha hecho que las democracias promulguen y hagan ejecutar leyes que sirven un modelo económico violador, a diario, de los Derechos Humanos de sus ciudadanos. Cada país emite leyes que permiten eliminar del trabajo, es decir de un "Derecho Humano" reconocido a millones de trabajadores.

Se nos habla de los imperativos de la competición del momento. Es una evidencia para todos que la introducción de la informática en la producción, obliga a reducir los puestos de trabajo. El problema no está allí. Más bien el problema está en que nuestras democracias sigan engañándonos y engañándose con el cuento de la generación de puestos de trabajo, cuando eso no es cierto; y el problema está en que no se plantee ninguna otra visión social a la cual adherirse. Es patético y violento que no se sepa qué hacer con la masa de jóvenes en edad de trabajar; y es ridículo que se siga con el discurso económico-político de ayer, es decir, de la sociedad industrial que era generadora de trabajo.

Ayer, cuando la industria destruía y generaba permanentemente puestos de trabajo, líderes sociales y gobernantes se organizaron e inventaron formas sociales y políticas y leyes sociales acordes con la Revolución Industrial. Estamos en la era post-industrial que señala el fin de las grandes empresas con grandes masas de trabajadores. Como lo dice el norteamericano, Jeremy

Rifkin: "Necesitamos una generación de oficiales del gobierno que entiendan cuándo y quiénes se pueden unir a la gerencia y a los trabajadores, junto al gobierno, para crear una nueva sociedad, un nuevo contrato social".²

Sí. Se trata de plantear la urgencia de un nuevo Contrato Social, guiado por la exigencia universal de los DD.HH. Dicho nuevo contrato social ya no tendrá sólo las dimensiones de una nación, sino debe considerar la dimensión planetaria que es la nuestra. Es lo que las masas humanas, víctimas de la lógica post-industrial, están en derecho de esperar de los líderes occidentales que se han autoproclamado líderes mundiales. Pero eso supone una antropología; una afirmación sobre el ser humano y sobre el vivir en común de todos los humanos. Allí está la carencia de los tecnócratas que nos gobiernan.

Las mentes de los líderes de nuestras democracias occidentales están cruzadas, igual que las de todos nosotros por muchos discursos contradictorios sobre el ser humano; y ya no saben qué decir sobre el ser humano. Habiendo olvidado que la democracia ha nacido para defender cierta idea de persona humana, se limitan a la gestión técnica de los asuntos.

El vacío antropológico de nuestras democracias se manifestó al momento de la caída del Muro de Berlín. Los líderes occidentales -lejos de ayudar a las nuevos países libres para que, mediante una figura de Plan Marshall, cada uno pueda asentar una democracia participativa y autónoma- sólo vieron en los despojos del Imperio Soviético oportunidades para ampliar el "laissez faire" capitalista y su darwinismo social. Todos los jefes de Estado occidentales, acompañados de empresarios, fueron a ofrecer a las nuevas y frágiles democracias la integración al gran mercado mundial. Vaclav Havel, entonces presidente de Checoslovaquia, expresó el problema cuando dijo a uno de ellos: "Todos Uds. me hablan de economía y de mercado; pero no se trata de eso, sino de cultura y de política". La descomposición del Bloque Socialista fue una oportunidad perdida para la democracia. No fue la victoria de la autonomía y de la libertad, como esperaban los ex-ciudadanos soviéticos, sino la victoria del mercado y de su derecho absoluto de explotar espacios nuevos, de acuerdo a la violencia de su famosa "ley natural".

La intervención violenta de la OTAN en los Balkanes no va a recuperar la oportunidad perdida; más bien corre el peligro de generar más desilusión

2 Ver *Socialismo y Participación*, No 84, Abril 1999, p. 32

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

sobre el concepto universal de los Derechos Humanos que pretende defender. Su verdadera defensa hubiera supuesto apoyar discusiones razonables hasta llegar a instituciones democráticas nacidas del consenso y asegurando libertad de elección y de expresión en los Balkanes.

1.2 El mercado mundial como espacio de conflictos y violencia

La mundialización del mercado es un hecho. Se apoya sobre la mentalidad tecno-científica moderna para la cual todo es objeto de transformación y producción. Allí una lógica violenta, lógica de fuerza y de destrucción, está a la obra. Para esa lógica no hay espacio, tiempo u objeto sagrado: todo se inscribe en las categorías del objeto útil y rentable.

Esa lógica productiva, de suyo, es siempre abierta e inestable. Dirá que hoy destruye trabajos de ayer, para crear los nuevos trabajos de mañana. Las cosas son así desde los orígenes del capitalismo, porque él se asienta sobre la carrera a la novedad para eliminar al competidor atrasado. Tal es la regla del juego que nos inscribe en un mundo inestable y violento, institucionalizando, por la competencia, un real terror, tanto para los empresarios como para los trabajadores.

En este momento, esa mundialización "de hecho" ha llegado a ser insensata. Incluso, Jorge Soros, uno de los financistas que más se ha beneficiado con esa dinámica, manifiesta su temor y denuncia la violencia del sistema económico actual: "Temo, dice él, que la intensificación desenfrenada del capitalismo liberal y la extensión de los valores mercantiles a todos los ámbitos de la vida, pongan en peligro el porvenir de nuestra sociedad abierta y democrática. El principal enemigo de esta sociedad ya no es la amenaza del comunismo, sino, por el contrario, la del capitalismo ... Yo afirmo, dice, que una sociedad abierta puede ser amenazada por un exceso de individualismo, por un exceso de competencia y una falta de cooperación."³

La lógica de lo "siempre nuevo" no es nueva; es, desde sus inicios, la lógica de la sociedad industrial que se basa en el trabajo humano masivo. Con la cibernética hemos entrado en una etapa post-industrial, menos necesitada de mano de obra, y estamos a las puertas del siglo biotécnico, como se dice, etapa en donde los genes serán usados como materiales

3 Ver artículo del *Nouvel Observateur*, París, 30-01-97, en *Teológica Xaveriana*, No 125, Enero-Marzo 1998, p. 50.

de construcción para fibras, farmacéuticos, alimentos y bebidas. La miopía de empresarios y políticos obsesionados por el corto plazo, les impide ver lo devastador para el trabajo que va a ser lo que viene.

El mercado, que nos ha llevado a las puertas de ese futuro, ha tenido logros impresionantes, pero él nunca será suficiente para definir nuestras vidas. Mientras nuestros dirigentes políticos y económicos se queden al servicio del comercio, evidentemente, no hacen política ni cultura ni sociedad, como pedía V. Havel: sólo hacen "técnica política o administrativa". Con eso nos mantienen violentamente atrapados en lógicas de ayer.

El problema actual está en que la economía domina la política, en que la fuerza legal de los Estados (su capacidad de emitir e imponer leyes) ha sido capturada por intereses privados. Nuestros Estados democráticos se han olvidado que nacieron para expresar una cultura, para servir la libertad y la justicia y no la violencia de la economía del mercado mundial. Lo constatamos, como dice Soros: "una fe ciega y mágica en el mercado hace afirmar que nada sirve mejor al bien común como la búsqueda desenfrenada del interés personal". Aquí, por ejemplo, se desmonta el IPSS (Instituto Peruano de Seguridad Social) y otras dependencias sociales de salud, para entregar todo el sistema de salud al capital privado.

Con esa ceguera individualista no podemos hacer un mundo común; y entendemos cómo las leyes promulgadas por las democracias sirven e "institucionalizan la violencia" en la economía y en la política. Llegamos así a situaciones aberrantes: la gran mayoría de la humanidad, por efecto del mismo derecho positivo, es decir por efecto de la ley, ella misma se encuentra fuera de todo amparo y expuesta a la violación constante de sus Derechos Humanos.

Es desde esta situación que podemos entender los conflictos y la violencia, en todo tipo de escenarios, en donde se expresan particularidades que se defienden.

1.3 Conflictos de diversas particularidades

Seré muy corto en este punto. Los conflictos particulares a los cuales me voy a referir, los podemos pensar como expresión de lo que ocurre o no ocurre en los espacios de la política y de la economía. Es inútil agregar y

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

sumar conflictos que expresan la violencia vivida en diferentes situaciones particulares. Más bien hay que saber reconocer dichos conflictos, que son quizás los que más nos llaman la atención, como manifestación de la violencia institucionalizada en lo económico y político. Violencias y conflictos de particularidades son: la violencia de derecho común o de supervivencia, los conflictos de los fundamentalismos religiosos o culturales, las violencias de los intereses mafiosos y terroristas.

Ya lo hemos dicho, vaciadas de toda antropología, economía y política, se mueven en lo meramente técnico; están penetradas por el sin límites de la racionalidad tecno-científica que, de suyo, está impulsada por la carrera a la novedad permanente. Con esa dinámica podemos entender que se hagan también "experimentaciones sociales permanentes". Los experimentos sociales no están limitados por ninguna afirmación sobre el hombre o el vivir en común. Su único límite es lo técnicamente posible.

En tal situación, la justificación o legitimación sólo puede venir por el éxito o fracaso técnico, cualquiera que sea el costo humano. Es así, puesto que no hay referencia a valores o a una verdad afirmada sobre el hombre que darían su límite a los experimentos. Más bien lo "posible por alcanzar" acaba por valer más que lo que se tiene. En tales circunstancias, no se plantea la pregunta por un consenso social posible: ya no es pertinente ni posible. Pretenderlo sería pérdida de tiempo. Por eso, podemos entender cómo las democracias, vacías de antropología y habiendo renunciado al consenso, se limitan a ofrecernos regularmente el teatro de la técnica democrática: elecciones periódicas, campañas electorales, congresos etc. Evidentemente no hay democracia sin elecciones libres, sin congresos y sin la formalidad legal democrática. Pero la democracia no es sólo "formalidad democrática", es sobre todo una afirmación sobre el ser humano. Sin esa afirmación la democracia queda reducida al juego técnico del aparato legal, el cual, con sofismas o con violencia, puede fácilmente ser torcido de acuerdo a las necesidades del momento.

En esas circunstancias, para el individuo, es grande la tentación de renunciar a la pregunta moral y de considerarse como mero "objeto" movido por las grandes fuerzas que nos dominan. La conciencia moral de todos se encuentra descompuesta, sacudida por diferentes ofertas; y cada uno tiende a vivirse como víctima de una historia loca, en donde no puede reconocer ninguna voluntad razonable.

Sin embargo, esa situación no puede ser excusa para la exigencia de la reflexión moral. Si bien, nadie puede estar obligado a hacerse la pregunta moral, tampoco nadie puede abrigarse detrás de las desgracias del momento, para no reflexionar y refugiarse en su pequeña vida privada. Más bien, son esas desgracias las que pueden y deben fundar la reflexión moral. En un mundo feliz no nos haríamos preguntas morales.

Es cierto, el atropello y el desprecio por su vida humana que padecen tantos millones de seres humanos son de tal magnitud que, está puesto en tela de juicio el sentido de la existencia humana en su totalidad. Por la violencia de unos cuantos, millones de humanos, condenados a las angustias de la supervivencia física diaria, no pueden acceder a la pregunta por el sentido de su vida. Pero no corregimos nada si sólo nos mantenemos en la denuncia y la acusación.

Hoy día está de moda la reflexión sobre la moral. Eso, además de hablarnos de nuestra inseguridad e inquietud, nos dice que somos capaces de tomar distancia de nuestras circunstancias para preguntarnos: ¿De qué se trata (qué es lo que está en juego) en nuestra vida? Precisamente queremos captar ese "*de qué se trata*" en el discurso moral. Dicho discurso procura captar y revelar lo que no es discurso en la moral. ¿Qué es eso? Son dos cosas: por un lado la *violencia* en nosotros y por otro lado la posible **decisión** a ser *razonables*, rechazando la violencia.

Antes de hablar de las perspectivas de lo razonable posible entre nosotros, procuremos reconocer las lógicas que nos han metido en las trampas de violencia en las cuales estamos.

2. Reconocimiento de las lógicas que obran en nuestros conflictos

En mi opinión, podemos decir que nuestro mundo moderno está cruzado por varias dinámicas nihilistas. Con E. Weil asumo que el nihilismo es la opción, consciente y voluntaria, en favor de la violencia⁴. Evidentemente, esa opción nunca se da ni se muestra en su fuerza al nivel consciente; pero la reflexión la puede reconocer. Lo que hoy presenciamos son "nihilismos parciales" en cuanto negaciones limitadas de la razón humana,

4 Jean François ROBINET, "Weil et le nihilisme", en *Sept Etudes sur E. Weil*, Université de Lille, 1982, p. 190; y ver *La Philosophie Morale* de E. WEIL, Vrin, Paris, 1987 pp. 28, 33, 62, 95, 100, 181)

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

es decir de lo que es el ser humano en su integridad. La persona humana es siempre relación a la naturaleza y también relación a los demás dentro de instituciones que expresan la voluntad de razonable entre nosotros. En cuanto nos encerramos en una actitud parcial, abstracta, (sólo lo económico o lo moral etc..) estamos en una figura de nihilismo.

- a) *La primera figura de nihilismo parcial* es la que nos domina a través de la **economía**, en donde el entendimiento humano en vez de orientarse hacia el mundo humano, es decir los valores compartidos, se orienta únicamente hacia la naturaleza que hay que transformar y hacia las relaciones que de ello se desprenden. Se ve a la naturaleza sólo como una serie de cosas disponibles, que no son "nada" mientras no han entrado en el ciclo de la transformación y producción económicas. Esa actitud, venida de la tecnociencia moderna, hace abstracción de todo aquello que no es producción y utilidad. Prescinde de la finalidad humana, de la pregunta por un mundo sensato: no se pregunta por un mundo en donde el hombre pueda realizarse en cuanto tal. Para tal actitud sólo se trata de "cosas" y de conjuntos indefinidos, que hay que hacer funcionar, cada vez mejor en su lógica. Ese mecanismo, nihilista en cuanto niega el sentido y afirma el "no sentido", considera también al hombre como cosa útil o no; por eso éste se rebela en reacciones irracionales y violentas.
- b) Otra figura de nihilismo parcial es la del **intelectual científico social** que se interesa por las opiniones e ideologías que circulan y se afrontan, sólo como hechos interesantes para su estudio. Las analiza, compara, confronta y, con una sonrisa, se refugia en el escepticismo. Para tal hombre, la historia es un mero campo de batalla de sistemas de valores, cada uno con sus intereses. Desde su torre de marfil, tal escéptico concluye que todo es ilusión. Los valores trascendentes, la idea de un universal humano serían inconsistentes. La vida sería un juego sin finalidad. Con la afirmación de la nada, de la vanidad de todo sentido, bajo la máscara de una gran profundidad, ese nihilismo disuelve todo problema. No hay valor que valga; todos nos encontramos arrojados a una libertad vacía.
- c) Otra figura del *nihilismo es de tipo moral*. Es el caso de aquel que se refugia en la **pureza de su alma** llena de buenas ideas, de buenas intenciones y de principios morales puros. Desde allí se critica a toda realidad en cuanto toda concreción traiciona la pureza moral. Vemos

ESTUDIOS SOCIALES 120

entonces especies de "terroristas morales" que lo critican y lo denuncian todo, desde el "confort" de una pureza que nada mancha. No tienen las manos ensuciadas por nada, porque nunca se comprometen ni responsabilizan por nada. Pero sí, tienen el discurso adecuado para todo.

- d) Otro nihilismo es el de aquél que busca sólo la **sinceridad, la autenticidad**. Ese quiere ser él mismo, evidentemente, fuera de las reglas y normas del rebaño que son una traba. Con la prédica de tal autenticidad se puede llegar a posiciones absurdas. De hecho, imposible diferenciar el loco o el terrorista del hombre razonable. Todos quieren ser sinceros. El reclamo por la autenticidad salva algo inalienable -la subjetividad-; pero ella sólo tiene sentido para un individuo educado, que se ha dejado educar por el respeto de las reglas.
- e) En fin, *otras figuras* de nihilismo radical circulan hoy en día. Por un lado está aquel que violentamente quiere **imponer** su razón, es decir su "sentir y sus convicciones", en la historia: son las diferentes figuras de fundamentalismo y terrorismo. Por otro lado está el nihilismo de aquellos que a toda costa quieren **salvar su libertad** como capacidad de decir **no** a todo. Libertad vacía. Juego del "yo, yo, yo.." en contra de todos y todo.

Nos encontramos en medio de esas figuras de nihilismo; representan los traumas en medio de los cuáles nos movemos como modernos. Cada figura es expresión de una actitud parcial, de una abstracción, de un punto de vista aislado que se quiere absoluto y se afirma pertinente para todos. Con ello, cada figura rechaza la "razón" que es siempre búsqueda de lo razonable humano, teniendo en cuenta todas las dimensiones nuestras: a saber, somos dependientes de la naturaleza e inscritos en instituciones que nos ligan a los demás. Cada nihilismo realiza sólo un aspecto de lo humano: o el saber, o la transformación, o la exigencia de ser uno mismo, etc.. Pero todos se olvidan de las otras dimensiones del ser humano.

3. Hacia una ética del encuentro o de la acción razonable

Los diferentes nihilismos, con sus abstracciones, acaban por llevarnos a negar el sentido de la historia. Pero no es en puntos de vista parciales ni tampoco en los meros acontecimientos que hay que buscar el sentido de

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

la historia. Los acontecimientos sólo aparecen como importantes o secundarios cuando los miramos desde la posibilidad de poner en sentido la historia. La unidad de la historia —la de uno como la de un pueblo— no viene de los acontecimientos sino de nuestra voluntad de sentido.

Ese sentido hoy lo designamos con la idea de progreso, idea introducida por la modernidad. Al nivel técnico el progreso es irrefutable, pero es ambiguo porque no se interesa por el sentido. Con la técnica hacemos el bien y el mal. Los campos de concentración movilizaron las técnicas más avanzadas. Sin embargo la idea de progreso es interesante y razonable al nivel de la moral porque dice:

- que no podemos pensar que la acción moral se desarrolle sin finalidad ni que su meta sea imposible.
- que no es pensable tampoco que el pasado, —ese pasado que nos ha conducido a tomar conciencia del deber de felicidad para uno y para todos los humanos (Derechos Humanos)—, sea efecto del mero azar, de la arbitrariedad o de un accidente.

Sí, hubo y hay progreso en moral en cuanto que la idea de moral inscribe hoy en su deber una voluntad de ser razonable, de felicidad razonable. No sólo para mí y mi comunidad, sino también para la humanidad en su totalidad. Hay progreso, pues, al nivel de la conciencia del "principio moral" que nos debe guiar, sin garantizar nada, es cierto. Dicho principio moral indica una sola cosa: ciertas metas, y los medios necesarios para ellas, son intrínsecamente inmorales si reducen al hombre al rol de objeto. Es desde ese principio que podemos denunciar la violencia del sistema económico, la violencia militar y todas las violencias de las diferentes particularidades (fundamentalistas, narcoterroristas, etc.)

Frente a la situación del mundo y sus conflictos, hoy como ayer, nos amenazan dos reacciones:

- La primera es la de entregarnos a una Esperanza absoluta, con una E mayúscula, proyectándonos en una utopía radical, para construir una realidad totalmente nueva, más allá de nuestra realidad histórica. Esa Esperanza hace negar todo lo que existe para esforzarnos en llegar a un puerto en donde se resolverían todos nuestros problemas. Fue la pretensión de Sendero Luminoso, de ciertos mitos modernos del

progreso técnico y de la revolución, que han instrumentalizado a masas humanas. Pretensión de los socialismos reales que, según Agnes Heller, ofrecieron "el carnaval de una imaginación política imprudente con sus experimentos típicamente modernos de la ingeniería social; todo ello bajo la guía de la ciencia suprema".⁵ Allí se manifestaron todas las patologías de la modernidad: industrialización antiecológica, instrumentalización humana, cinismo, etc.

- La otra reacción, frente a la magnitud de nuestros problemas, puede ser el Miedo, con mayúscula también. Ese gran Miedo puede llevar a renunciar a la razón: sea que uno concluya en lo absurdo de la vida, o se refugie en cualquier oferta aseguradora, religiosa o de corte político totalitario.

Es cierto que los conflictos y las violencias en los que estamos son de tal magnitud que la mayoría de los seres humanos está hundida en el miedo y condenada a una lucha cotidiana para sobrevivir. En tal situación, muchos renuncian a pensar que lo razonable sea posible en la historia y que ésta pueda tener sentido. No piensan sus decisiones ni quieren ser razonables. Hay que reconocerlo, se dan situaciones que llevan a ciertas personas a tal nivel de ahogo o embrutecimiento, que no les es posible levantar la cabeza. Tales situaciones son peligrosas, han sido el caldo de cultivo de todas las aventuras irracionales, individuales o colectivas. De allí suelen surgir los totalitarismos.

Con todo, tales situaciones no son objeción en contra de la moral. Esta nunca resulta de los meros acontecimientos, siempre viene de una "toma de posición y de posesión" de dichos acontecimientos, a partir de la razón. En última instancia, el hombre moral escoge el sentido de la historia. Es moral la persona que escoge ser moral e inscribir su vida en un sentido.

Si así pensamos, entonces también debemos pensar que en cada momento la felicidad del ser humano, "en cuanto ser razonable", debe ser posible para cada quien. Varios testimonios de ex-presos de campos de concentración atestiguan esa posibilidad.⁶ Evidentemente no hay que colocar la felicidad del lado del gozo de los sentidos ni del lado de la realización de mis impulsos, sino del lado de mi libertad que es capaz de

5 *El péndulo de la modernidad una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo*, Ed. Península, Barcelona, 1994, p. 242.

6 Ver: Geneviève DE GAULLE ANTHONIOZ, *La traversée de la nuit*, Seuil, 98).

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

mirar de frente la situación, tomar conciencia y distancia de ella y, desde allí asumir y gozar todavía del **hecho de la vida**.

Tal felicidad no se improvisa; supone un largo trabajo sobre sí mismo y sobre sus circunstancias. Es un asunto personal, es búsqueda personal. Pero se vive siempre en el encuentro con los demás y en el "reconocimiento" de que, juntos, tenemos que servir y hacer vivir un "hecho", el hecho de la vida humana que nos ha sido confiado. Esa felicidad es un hacer laborioso, de razón y libertad. Posible en las situaciones límites evocadas, esa felicidad nos inscribe a diario en un quehacer en nuestra comunidad. Es entonces acción para que cada quien sea "reconocido en lo que es" por los demás, y es la búsqueda común de instituciones que expresen y favorezcan ese reconocimiento.

Para esa tarea cotidiana, que es tarea de todos, no estamos en el vacío. Prueba de ello, reconocemos y rechazamos la violencia y el peso de los nihilismos, de la mentira, de las traiciones y corrupciones. Allí se manifiesta la posible toma de distancia de nuestra libertad, sustentada y alimentada por lo razonable que hay en nuestro lenguaje y nuestras instituciones. En nuestras circunstancias de violencias evidentes, la persona moral hoy **escogerá** la idea de un progreso moral posible hacia una moral universal, cada día más realizada y encamada en nuestro mundo. La persona moral escoge considerar los acontecimientos como estructurados por la presencia de un progreso moral empíricamente constatable. De la violencia de la Edad de Piedra hemos pasado a la afirmación de los Derechos Humanos, es la afirmación de la autonomía individual y social, de la ecología. En eso hubo progreso.

Con la opción por la moral, y por la idea de un progreso moral, introducimos la idea de **finalidad** en la historia: finalidad de una acción más razonable entre humanos. Dicha finalidad tiene que luchar en contra de todos aquellos que, de una manera u otra, afirman el sin sentido de la historia. Una de esas figuras más evidentes y fuertes es lo que Lyotard ha llamado la "lógica de la paralogía" que nos domina.⁷ Lógica movida por la angustia de la novedad, de nuevas jugadas y que nos coloca en el proceso de un sin límites de nuevas ofertas técnicas, científicas, etc.. En esa lógica, el éxito, necesario para que uno se sienta humano, depende de la descalificación de la técnica o del discurso del otro, que hoy tiene éxito. Tal lógica es mortífera para la humanidad. No podemos seguir entregándonos

⁷ Ver *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 117.

ESTUDIOS SOCIALES 120

a ella. Al contrario, el reconocimiento de la acción razonable como finalidad prescribe, sobre la base de una antropología, la autolimitación, tanto en la relación con el otro como en la relación con la naturaleza, para que más felicidad razonable y más justicia sean posibles para todos.

El progreso en moral, en una ética del encuentro y reconocimiento del otro, como absoluto por respetar, nunca será un "hecho" del mundo de la "mecánica natural" que funciona por efecto y causa; siempre será una decisión que descansa en una **fe y una esperanza**, fundadas en la empiria de la historia. Son ellas las que nos llevan a pensar que la historia en su totalidad debe tener sentido; no puede no tener sentido.

Evidentemente ese sentido de la historia en su totalidad en cada momento es meramente formal, es decir, es mera posibilidad de poner en sentido la porción de historia que nos ha tocado y que a todas luces está hoy desbocada. Pero para el individuo, el sentido de la historia es **en cada momento moralmente real**, en cuanto cada uno **debe** actuar ahora para que de hecho la historia tenga sentido. Pero, ¿podrá hacerlo?, ¿cuáles son los soportes de esa acción moral posible? Los asideros de esa acción moral posible son los que siempre han existido: por un lado está el hecho de que todo individuo ha recibido, desde su nacer, la noción del bien y del mal en el lenguaje en el cual se ha recibido; y por otro lado, está el hecho que todos estamos enraizados en estructuras sociales más o menos razonables, que dicen la voluntad de lo razonable entre nosotros. Pero nuestro problema está en que, con la legalización de nuestro sometimiento al mercado, hemos institucionalizado lo no razonable.

Eso evidencia una cosa : nunca el sentido ni la moralidad de la historia están asegurados, ni tampoco está claro el contenido de la acción que hará que la historia sea sensata. Constatamos que hoy hemos perdido el norte. Eso se ha dado porque el ser humano nunca conoce la totalidad de los datos. Por eso precisamente está obligado al juicio y al riesgo para determinarse bien en algo concreto. Lejos de paralizarnos, esa situación debería animarnos. Es justamente nuestra ignorancia, como lo subrayaba Kant, la que nos hace dueños del sentido. Somos dueños del sentido porque no somos dueños de los hechos. Si lo fuéramos no tendríamos que juzgar ni decidir: seríamos dios o mecanismo que se despliega. Bien mirada, nuestra dignidad descansa en nuestra ignorancia y en la violencia que nos rodea y nos habita: somos nosotros quienes,

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

desde la decisión, tenemos que efectuar el sentido del mundo. Para ello no tenemos guía ni mecanismo seguros que nos lleven; sólo una fe, una confianza y una esperanza, pero fundadas en el pasado.

Conclusión

Concluamos esas reflexiones sobre la posibilidad de una "ética del encuentro" en medio de los conflictos, de las violencias y de los nihilismos de nuestra época.

Las circunstancias señaladas tanto como la exigencia moral planteada, nos sitúan inmediatamente en la esfera política. Eso quiere decir que se trata de un obrar a fin de lograr instituciones penetradas de racionalidad y de razonabilidad, que posibiliten que cada uno pueda abrirse al deber de felicidad para consigo y para con los demás. Nunca viviremos fuera de una institución. Lo que son las instituciones depende de nosotros todos.

Para promover instituciones justas, es decir que correspondan a nuestros desafíos, es necesaria la decisión. Allí no se trata de mera buena voluntad ni de pureza de intención, sino de **coraje**. Quien se compromete a actuar en ese nivel, tiene que hacerlo no sólo de acuerdo a la moral concreta de su grupo, sino tiene que actuar también sobre la moral de su grupo, a fin de hacerla más universal. Ese coraje puede llevar a uno a aislarse de su grupo que lo tachará de traidor o inocente. Pero el ser humano moral tiene que entender que la exigencia de la moral universal lo puede llevar a vivir diferentes figuras de muerte.

Al mismo tiempo que coraje, el deber con la justicia -que exige que uno trate a todo otro como a sí mismo y a sí mismo como un otro-, supone **prudencia**. Ella también es un deber. Pascal repetía que "quien quiere hacer de ángel acaba por hacer de bestia". En la prudencia no se trata de un cálculo para salvar su integridad física o moral; se trata más bien del juicio necesario -deber por lo tanto- para hacer que sean practicables los deberes para con la justicia. Hay que desconfiar de aquellos que siempre predicán el bien universal y hacen el mal particular. La prudencia nace del juicio que sabe encontrar el camino posible entre la exigencia de la máxima moral y la responsabilidad por las consecuencias de los actos.

No podemos eludir el interesarnos por lo que pasa en la historia; y eso nos sitúa a todos en el nivel político en donde nos esperan deberes morales. Pero sólo el individuo que se ha moralizado —controlando sus pasiones y su arbitrariedad— podrá actuar moralmente en política, es decir, podrá conducirse de acuerdo a una voluntad y a metas razonables. Ese no se dejará paralizar ni atrapar —para eludir todo juicio y toda búsqueda—, por lo que los miembros de su grupo llaman "la realidad". Quien quiere ser moral sabe que no es moral aquello que hace imposible la vida moral de los demás y de uno. El hombre moral sabe reconocer el robo, el asesinato, la mentira y la corrupción allí en donde los demás sólo ven acciones imperfectas, pero excusables o permitidas. Discierne la injusticia allí donde otros invocan la legitimidad o necesidad de la acción, en razón de las circunstancias; incluso la persona moral sabe descubrir la vanidad y la mentira en cierta voluntad de santidad.

Igual que Sócrates y Jesús ayer, la persona moral cumplirá hoy con la ley y no se considerará liberada de ella porque es imperfecta; pero tampoco se dejará encarcelar en ella. En cada momento, sabe escuchar el llamado de la "ley de leyes" que dice "respeta y cumple con lo razonable en ti mismo y para con los demás". La persona moral no se dejará llevar por la ola del moralismo, tan común en nuestra modernidad que nos ha alejado de la moral concreta. Ese moralismo lo enjuicia todo y se excusa de todo.

La persona moral sabe que la humanidad, por lo menos en principio y en sus elementos más conscientes, ha salido de su minoría de edad y que *puede, y por lo tanto debe* decidir razonablemente de su porvenir. La persona moral sabe que puede y debe diseñar su ruta de acuerdo al criterio de la universalidad para una coexistencia real y humanizante de todos los seres humanos. Tal es la exigencia de una ética del encuentro que debe estar animada por la preocupación de respetar la particularidad de cada uno y la particularidad de la cultura de cada uno, con tal de que esa cultura sepa exponerse a la exigencia de la universalidad moral. Sólo puede haber encuentro entre particularidades respetadas. Las universalidades de hecho que son la economía, la técnica, los medios de comunicación etc. no respetan las particularidades. Son fruto de abstracciones y nos meten en una universalidad abstracta homogenizante. Exacerba las particularidades culturales, religiosas en dinámico fundamentalistas. Por eso, economía, técnica y cambios de comunicación sólo son medios que debemos saber ubicar en su nivel. Viviría en una abstracción la persona que sólo viva para

ÉTICA DEL ENCUENTRO, SITUACIÓN DE CONFLICTOS Y VIOLENCIA

comer, aunque el comer sea necesario para todos. Así es la economía: una condición de la vida humana, pero no es la vida humana.

En la base de todo lo dicho está un hecho: el hecho del mundo. En él estamos todos juntos; diferentes, es cierto, pero conscientes de estar juntos. Eso también es un hecho nuevo. Esos hechos -el hecho del mundo y el hecho consciente del nosotros planetario- no se justifican, se constatan. Tales hechos indican los límites de toda legislación y de toda acción moral. El planeta es la casa de todos los humanos, casa a la cual hemos venido todos por azar y gratuitamente, o sea todos con los mismos derechos. Sin embargo si bien la tierra es única, no lo son los seres humanos. Juntos tenemos que buscar leyes e instituciones que aseguren la convivencia de todos con los demás, en la particularidad cultural de su opción, y leyes que inscriban el reconocimiento y el respeto de cada quien por todo otro, como principio de esa convivencia.

Tenemos que darnos instituciones nuevas que nos permitan conducir los problemas que tenemos como humanidad planetaria, y definan los campos para el reconocimiento recíproco. En esta aurora del tercer milenio debemos buscar instituciones que expresen la voluntad de razonable para nuestro Nosotros Planetario. Se trata de un nuevo contrato social. El Papa ya planteó el problema cuestionando la modalidad de la deuda externa, esa institución que se ha tornado perversa y mortífera para la mayoría de la humanidad del sur. Las dificultades son enormes e indican el lugar de la tensión entre el principio universal de los Derechos Humanos que nadie cuestiona y su aplicación en el espacio sociopolítico. Esas dificultades manifiestan cuán pesada es nuestra herencia y la traba que ella representa para pensar el nuevo contrato social. Esa herencia del pasado aplasta el presente y anula la imaginación creadora. Eso es verdad en economía, en los Estados, en las culturas, en las iglesias, en todas las institucionalizaciones del sentido. Evidentemente no podemos cortar con nuestras raíces; pero serles fieles no es enquistarnos y entramparnos en figuras históricas de ayer que nacieron de ellas. Colocarnos en fidelidad para con ellas es preguntarnos por lo que vamos a hacer con la herencia recibida; es volver a exponernos al riesgo del inicio, fieles a la inspiración, a la voluntad de razonable que plasmó las diferentes figuras de ayer. Sólo un nuevo inicio que se reconoce y se quiere como tal, sabrá captar en sí la fuerza y los límites de un reinicio razonable para nuestro Nosotros Planetario.

Si llegamos un día a esas instituciones, ellas, lejos de inscribirnos en otras capas de dueños, anularán la posibilidad de que se reconstruyan estados de dueños y esclavos. Entonces habremos encontrado leyes a las cuales el pueblo, es decir todos nosotros, podamos desear obedecer. Tales leyes controlarían y eliminarían la violencia entre nosotros. Tales leyes son pensables y posibles; siendo así, entonces es ya responsabilidad y deber de cada uno trabajar para que esas leyes lleguen a ser realidad.

Uno puede preguntarse, ¿cómo será posible que yo aporte a ello? Es posible porque toda comunidad humana está compuesta de individuos sobre los cuales actuamos, y que actúan sobre nosotros. Siempre ha sido por medio de ese tipo de acción, de uno sobre otro, que las cosas han avanzado. Por lo menos podemos decir una cosa: nada adelantará si cada uno queda en su sitio o retrocede; y es seguro que el sentido de la historia, de una historia razonable, espera la acción de todos. Esa historia razonable, hoy más razonable que ayer, es empíricamente constatable: el reconocimiento universal de los DD. HH. nos lo prueba. Cada uno, desde su esquina, puede aportar a ello.

- Primera condición, que cada uno haga bien las cosas que tiene que hacer, es decir que no se deje atrapar por ningún nihilismo y procure siempre dar cuenta de todas las dimensiones de su vida. Que en ello recuerde siempre que no se trata de pensar las cosas, de pensar la vida, sino de "hacerla": la vida es práctica.
- La segunda condición sería que, además de siempre guiarse por la voluntad del bien propio, cada uno sepa que se trata como decía Hegel de "un yo que es un nosotros y de un nosotros que es un yo". El deber de felicidad para conmigo pasa por el deber de felicidad para con el otro. Para eso no hay ni truco ni punto privilegiado por donde empezar. Cada uno, donde esté, si ha inscrito en su conciencia ese deber para con la humanidad en todo otro, sabrá inventar y seguir ese camino no trazado.